

# La Tomatina

## Rara



### La Tomatina rara

Era el último miércoles de agosto, el año pasado. Un miércoles lleno de celebraciones, cuando, de repente, se abrió la puerta de mi despacho y me trajeron a un nuevo "amigo". Recogí el informe y lo observé. Estaba muy sucio, por eso lo duché para limpiar la mezcla de los tomates y de la sangre. Como era un poco tarde,

sólo cogí algunas muestras, los mandé al laboratorio y lo metí entre los demás. Cuando iba a casa, siempre estaba pensando como había ocurrido eso. El pobre fue traído a mi sala de autopsias en Valencia directamente de las grandes celebraciones de la Tomatina en Buñol.

La tomatina. La gran celebración que tiene lugar en Buñol. Es una celebración de tomates. El objetivo de esta celebración es destruir por lo menos dos toneladas de tomates. Os aconsejo algo. Si queréis asistir a estas celebraciones, coged la ropa más vieja y fea que encontréis. Nada más. El segundo consejo es que quizá sea mejor no ir allí. Podéis ver que es un poco peligroso.

Cerré la puerta con llave y fui a buscar el caos nocturno de Valencia. Quizás queráis saber por qué lo trajeron aquí de Buñol. Es sencillo. Cuando ocurre algo como esto y también en medio de las celebraciones, siempre los traen aquí. Pero eso me parece raro. Vivo cerca de mi trabajo, por eso podría ir a pie por las calles donde ya estaban los turistas y los del país celebrando los últimos días de vacaciones. Ya estaba en casa, quería consultar el portátil para las informaciones sobre esta Tomatina pero pronto me acosté.

Me despertó el sonido de mi teléfono móvil. Lo cogí y vi que era sólo el despertador, por eso lo apagué y me levanté. Ya aseada y vestida estaba desayunando pero, de repente, oí desde fuera un ruido. Fui a ver lo que pasaba y cuando abrí la puerta, ya lo veía. Delante de mi casa había un tropel de gente mirando algo en el suelo. Me acerqué y lo vi. Allí había otro hombre, sucio de tomates y de sangre. Al lado de él había un papel con un mensaje rojo. Lo levanté y leí: “¡No lo investigues!”. Enseguida llamé a mi compañero de trabajo, a Enrique.

“Hola, Enrique”, lo saludo y le digo de corrido todo lo que había pasado desde ayer. “¿No te parece raro?”, por primera vez le dejo responder. “Ya he oído algo parecido, hace diez años pasó algo muy parecido, pero nunca se había resuelto. Por eso no has podido oír nada sobre este asunto. Ya sabes, una reputación destruida. Pero no te preocupes. Yo lo resolveré.” Enseguida supe lo que tenía que hacer. Si el asesino creía que no resolvería el asunto, se equivocaba mucho. Lo quería resolver cuanto antes.

Antes de llegar la policía, examiné el cuerpo, pero cerca de mí había mucha gente, por lo tanto, no pude trabajar mucho. Les pedí que se apartaran y que me dejaran trabajar. Lo hicieron. Dentro de un momento vinieron los de la policía, hicieron las fotos y yo me fui a la sala de autopsias para continuar el trabajo.

El viaje transcurría muy lentamente, así que podía pensar en lo que me había dicho Enrique. ¿Cómo es posible encubrir algo como esto? ¿Nadie vio que en el centro de esta celebración había un cadáver? ¡Qué raro!

Cuando estaba en la sala de autopsias, puse a los dos cadáveres al lado. Limpié el segundo cuerpo y lo examiné. Cogí las mismas muestras que había cogido

el día anterior. Empiezo a perderme en los análisis, así que el primero será “Carlos” y el otro “Miguel”. Las muestras de Miguel las llevé al laboratorio y les dije que volvería en una hora.

Ahora tenía tiempo para averiguar si Enrique decía la verdad. Fui directamente al archivo para buscar los casos del Agosto 2004. Aclarado, accidente, aclarado, aclarado, ¡desaclarados! Cogí la caja y en ella estaban todos los casos desaclaraados del agosto de 2004. Había allí decenas, quizás cientos de casos: desapariciones, secuestros, asesinatos... Estaba mirando diferentes casos y, de repente, vi la carpeta titulada “Agosto (Tomatina)”. Me senté, la abrí y empecé a leer. Había seis víctimas. Todos hombres. La edad de más o menos treinta años. No tienen nada en común, eran sólo turistas en la Tomatina que tenía en ese año el aniversario sesenta. Sólo una cosa era idéntica: la muerte. Todos murieron por una cuchillada directamente al corazón y todos estaban sucios de tomates.

Cerré la carpeta y la llevé conmigo. Recogí los resultados del laboratorio y volví a mi oficina. Saqué las fotos de todos los muertos y los comparé con los nuevos (con Carlos y Miguel). Fue el mismo asesino. Para asegurarme hice la autopsia pero todo estaba claro. Parecían como “copiados”. Decidí que lo iba a investigar. Tuve mucha compulsión investigarlo pero aquí nadie estaba interesado saber quién y por qué los había matado. Entonces cogí las fotos de los muertos del año 2004 y también de los actuales y fui a consultar el ordenador para buscar sus identidades respectivas. Las estuve buscando varias horas pero parecía como si nadie los echara de menos.

Cogí las huellas digitales y las metí en la base de datos. Nada. Tomé las muestras de ADN. Nada. Fue como si nunca hubieran existido. Empecé a tener una impresión rara. ¿Cómo puede desaparecer alguien sin que nadie lo busque? Es imposible. En ese momento se me ocurrió algo. Encontré en internet todos los albergues en la Comunidad Valenciana y empecé a telefonar. Fueron cientos de albergues pero al final, allí no faltaba nadie. Subí las fotos a internet y escribí si alguien los conocía, que me escribiera o me llamara. Estuve esperando un día, dos, una semana, un mes y nada. Nadie los buscaba.

Mientras estaba esperando si alguien me llamaba o no, empezó a pasar algo raro: primero las cartas amanzadoras, luego paquetes con animales muertos y acabó por las inscripciones sangrientas en la pared. Tenía que haber terminado la investigación. Ahora lo sé pero en aquel momento ya no podía parar. Tuve que resolverlo. Pero cómo hacerlo, no lo sabía. No tuve nada. Sólo dos cadáveres en la mesa y otros seis en las fotos pero ninguna pista que me pudiera ayudar a resolverlo.

Decidí ir a Buñol para ver el lugar y preguntar a la gente si no sabe quien era Carlos. Subí al coche y arranqué pero el motor no funcionaba. Lo intentaba una y otra vez pero nada. Llamé al taller de reparación de vehículos y estaba esperando. A los diez minutos estaban allí y me dijeron que alguien me había extraído el

acumulador del coche y que me había hecho salir la gasolina. Sabía quien lo había hecho y por eso pedí un nuevo acumulador y un bidón de gasolina. Lo pagué y pude ir.

Al cabo de una hora ya estaba en el centro de Buñol. Como ya hacía la oscuridad y las calles empezaban a estar llenas de gente, pude ir al lugar del crimen y preguntar a los posibles testigos. En el lugar del crimen no había nada. Unos niños jugaban con los tomates y con todo lo que siempre había en el suelo pero ninguna cosa que me pudiera ayudar. Las preguntas no eran mejores. Mi última posibilidad la representaba el restaurante cerca del lugar del crimen. Entré y fui directamente al bar donde había una camarera mayor. “Buenos días”, dije, “soy de Valencia y estoy investigando el caso del asesinato de aquí”. “Ya”, me respondió esquivamente. Yo le mostré inmediatamente la foto: “¿No sabe usted su nombre?”. Casi no miró la foto y dijo: “Sí, estuvo aquí una vez. Dijo que era de Inglaterra pero el nombre no lo sé”. Estuve muy encantada. Mi primera información relevante. Le di las gracias y me pedí un café.

Ya llevo en este café más o menos dos horas. No es que quiera permanecer aquí tanto tiempo pero hace una hora llegó un hombre con una capucha, se sentó al lado de mí y desde ese momento tengo una pistola en mi cadera y no puedo moverme. La única cosa que me dijo fue: “¡Cállate!” Me apretó la pistola más cerca. “¡Ven!” susurró. Me levanto y lentamente me voy. Me lleva por la entrada trasera y salimos del restaurante. Esta es mi posibilidad. Hace la oscuridad y él ya ha tomado varias copas de ron. Tres, dos, uno, doy una vuelta rápida y le quito la pistola. Hasta que se recupere, corro rápidamente al coche y me voy. De repente, estoy en la carretera en el sentido a Valencia.

Llegué demasiado lejos. Tengo que terminar con eso, después de todas las amenazas. Afortunadamente, nadie me está persiguiendo. Ya estoy en el centro, lleno de gente. Tengo que aparcar cerca de la Catedral e ir a pie a mi casa. Por suerte vivo cerca de la Catedral y allí hay mucha gente. No me puede pasar nada pero tengo un sentimiento raro. Algo no está en orden. Lentamente abro la puerta y entro en mi casa. Nada. Oscuridad y silencio. “Probablemente soy paranoica,” digo en voz baja. “No, no lo eres,” se oye cerca de mi oído y ya sólo siento un dolor fuerte en mi espalda. Me caigo al suelo y sólo oigo: “Te advertí que no debías meter la nariz en todo esto...”. Es Enrique. “Cómo pudiste...”